

La barbería de Shuffleton

Relato inspirado en el cuadro *Shuffleton's barbershop* de Norman Rockwell, 1950.

Todos los años, en cada cena de Acción de Gracias, matábamos a mi abuelo. Era una tradición privada, de esas que están tan extendidas entre las familias de América. Cada una tiene la suya. La nuestra era matar al abuelo. Figuradamente claro, porque hasta yo sabía que, donde fuera que estuviese, seguía vivo. Nos juntábamos todos los miembros de la familia en Chicago y el tema favorito de conversación era criticarlo sin piedad. Quitarle la piel, y dejarlo en carne viva; decapitarlo; crucificarlo lentamente con clavos oxidados. Luego, cuando llegaba la Nochebuena, teníamos el cadáver tan reciente que hacíamos como si no existiera, y ni siquiera se le nombraba. Al año siguiente, con once meses sin habernos reunido, volvíamos a trincharlo sin piedad y volvíamos a matarlo.

Lo que más llamaba la atención era que, la mayor parte de los asistentes a esas cenas, pertenecían a la familia de mi padre y no podían tener referencias directas de él. Así que si participaban de la cacería era a través de lo que habían escuchado a mamá o, en tiempos muy lejanos ya, al gran David Dunbar, el patriarca responsable de la riqueza de la familia. Cuando tuve la edad para ello, creí entender que mi madre formaba parte de esa ceremonia de linchamiento porque el abuelo les había abandonado a ella y a la abuela Chariot, cuando mamá tenía solo cinco años. Yo, que no le había conocido, escuchando a tío Ben y a tía Constance, los hermanos de papá, llegué a sumarme también de manera irreflexiva a los ataques. Y amparándome en el ambiente, supongo que por el afán de todos los chicos de decir cosas malsonantes para parecerse a los adultos, en una de las cenas yo también solté un: «¡Jodido viejo!, valiente hijo de puta». De inmediato recibí un pescozón de mi padre que dio con mi cabeza contra la mesa:

—¡Cuida esa boca, jovencito! —me reprendió.

Me sentí humillado por recibir un cachete delante de todos. Y recibí una buena reprimenda por deslenguado. Cuando tuve la mente suficientemente clara como para pensarlo, me entristeció que mamá en ningún momento me echara en cara mi falta de respeto hacia quien no dejaba de ser su padre. Se limitó a mirarme con ese rictus de amargura que, raramente, se iba de su cara.

El asunto era que, noviembre tras noviembre, además del pavo o el pastel de calabaza, el coro de insultos formaba parte del menú del Día de Acción de Gracias. A

mí casi siempre me parecía escuchar uno nuevo, aunque tal vez fuera que comenzaba a entender algunos de los que ya había oído antes. A partir de cierta edad empecé a esperar con interés el momento de la cena. Hacía preguntas con gesto de inocencia, e intentaba desbrozar entre la maraña de agravios con el ánimo de enterarme de los entresijos de la vida del abuelo. En cierta ocasión escuché a mi padre decir que era comunista. Que solo un comunista habría aprendido el oficio de barbero cortando el pelo a mendigos. La opinión acerca de sus ideas políticas se reforzaba por el hecho de que se hubiera negado a formar parte de la empresa de los Dunbar, la familia de la que había sido su esposa. En la época en que eso sucedió, la *Buick Motor* era la tercera del país con más empleados en el sector del automóvil de manera que, si se negó a trabajar en ella, forzosamente tenía que ser por su mentalidad comunista. O peor aún, porque le faltaban riñones para asumir un trabajo de responsabilidad. Y, una vez que esa idea salía a colación, se le llamaba cobarde sin tapujos y se argumentaba que si no se había alistado en la Gran Guerra no era por su rodilla. Que una pequeña cojera no podía servir de excusa para no servir a la patria. Y de allí a que era un tipejo desagradecido. Que si, siendo un pelagatos, la vida le había puesto en bandeja participar en la dirección de la empresa de su mujer, lo que cabía era dar gracias a Dios y cumplir con sus designios. Aunque, como iba a dar gracias al Señor aquel al que en su vida se le había visto rezar una plegaria.

A medida que iba cumpliendo años y escuchando lo que se decía, fui recomponiendo las piezas. Deduje que en realidad no era mala persona, ni siquiera un tipo ceñudo o de mal carácter. La causa de tanto odio era que, en palabras de tía Constance, la abuela Chariot había muerto de pena por su culpa. Se había ido marchitando como una dalia sin regar desde que la habían abandonado con una niña de corta edad. Y solo porque aquel malnacido había tenido la ocurrencia de regresar al villorrio de Vermont en el que nació. Pensé que quizá el rencor venía de que se hubiese ido con otra mujer, pero si hubiera sido ese el motivo, habría escuchado mil veces tildarle de libertino y mujeriego, y jamás habló nadie de engaños o infidelidades. Si algo oí era que había que ser muy estúpido para dejar a una mujer tan guapa, tan sumamente guapa, como la abuela Chariot. En eso sí que mi familia tenía razón. Doy fe de que lo era, porque sobre la alacena había una foto que así lo confirmaba. La abuela Chariot presidía con su sonrisa todas las reuniones de la familia. Aquella mujer tan sumamente guapa, murió de un ataque al corazón, pocos años más tarde de que su marido se hubiera ido. No llegué a conocerla, de modo que para mí la abuela

Chariot era simplemente ese retrato. Del abuelo, ni siquiera tuve eso. Nada, ninguna fotografía, ni grande ni pequeña. Ni en los álbumes de mano del funeral de la abuela, ni en las fotos que nunca existieron de la boda de ellos.

Hilando retazos de información, pude hacer mi propio relato de la historia. El abuelo Norman había conocido a la abuela Chariot cuando los dos eran unos muchachos, y la familia de la abuela veraneaba en una casa a orillas del lago Champlain. Imagino a los Dunbar viendo a su muchacha de dieciséis tonteando con un chico de pueblo. Nada demasiado grave si las cosas no pasan de bañarse en el embarcadero, o ir de pesca. Además de compartir esas aficiones, los dos se veían en la Escuela de Música de Saint Albans. La abuela recibía clases de piano, y el abuelo Norman tocaba el clarinete. Dos símbolos de sus clases sociales. El clarinete es barato, se puede meter con facilidad en una maleta y viajar con él. El piano, sin embargo, es el instrumento de las familias adineradas. Se necesita una mansión que le dé cobijo. Nosotros tenemos uno en casa, hay otro enorme en el piso de tío Ben, y la tía Constance tiene uno blanco reluciente en el templete que hay en su jardín. A pesar de las diferencias, supongo que la proximidad con alguien de la clase baja pudo ser bien tolerada mientras no fue más que un pasatiempo. Pero, sin que nadie lo esperara, el verano de mil novecientos seis, se casaron en secreto, cuando ambos tenían veintiún años recién cumplidos. Una devastadora bomba de Hiroshima que se abatió repentinamente sobre los Dunbar, casi cuarenta años antes de la que cayó sobre Japón.

Estuvieron viviendo cuatro años en Saint Albans, hasta que se trasladaron a Chicago, cuando la abuela estaba embarazada de mamá. He pensado repetidamente en cuál debió ser la situación por la que pasaron antes de dar ese paso. Imagino al gran Dunbar, con voz grave y sentenciosa, convenciendo a la abuela Chariot de que lo mejor para la hija, que aún no había nacido, eran las posibilidades que daban Chicago y la fortuna de la familia. Y desesperado ante la perspectiva de que su nieta fuera a convertirse en una aldeana de Vermont. Insistiendo e insistiendo, hasta convencerla y conseguir por fin que abandonara el lugar en el que era feliz. El cambio de domicilio de toda la familia, incluía también que el abuelo Norman trabajara en Chicago, y que se pusiera a hacerlo en la empresa de los Dunbar. Por supuesto en un puesto ejecutivo, acorde a su posición en el clan. Aunque no supiera nada de coches, o de cómo se llevaba un negocio. El caso es que, cuando mamá acababa de cumplir los cinco, el abuelo regresó al pueblo en el que había nacido. Cuando terminé

de hilvanar esa crónica en mi cabeza me resultó chocante que, pese a que indudablemente a los Dunbar les hubiese gustado, los abuelos nunca hubieran llegado a divorciarse. La foto que presidía nuestras cenas estaba tomada pocas semanas antes de que se hubieran separado. Para hacerla trajeron al mejor fotógrafo de la ciudad a casa, que inmortalizó la sonrisa de la abuela Chariot con el fogonazo de los polvos de magnesio de la bandeja de iluminación de su cámara... poco antes de que la abuela quedara *viuda*, utilizando la palabra que tía Constance pronunciaba con los dientes apretados para referirse a la ausencia de quien aún seguía vivo.

El día de Acción de Gracias del cuarenta y nueve, vino a la cena el primo Roy, uno de los hijos de tío Ben. Era unos diez años mayor que yo. Guardaba un vago recuerdo de él, pero no le habría reconocido si me lo hubiese tropezado en la calle. Había estado peleando en Europa, y al acabar la guerra se quedó a vivir en Francia. Aquel año sus andanzas debían haber monopolizado la cena, pero el tema de conversación tampoco fue distinto al de otras veces. Eso sí, en esta ocasión el clamor de injurias no fue unánime y el primo Roy se mantuvo al margen. En un momento, por esa costumbre que había desarrollado de hacer preguntas para enterarme de la vida del abuelo, me vino a la cabeza el pensamiento de si el sonido del clarinete y el del piano encajaban bien, y lo expresé en voz alta.

—Sí, claro que encajaban —respondió el primo Roy—. Incluso llegaron a hacer una pequeña banda con un violín y un violoncelo. En lugar del piano, la abuela cargaba con un acordeón y daban conciertos por los pueblos.

Él no podía haber sido testigo de esas serenatas, pero yo ya tenía entendido que mi primo era el único de toda la familia que había seguido manteniendo contacto con el abuelo Norman. Así que esa tenía que haber sido su fuente de información. En alguna conversación de cocina había escuchado que el primo Roy, antes de que embarcara para Europa, incluso había ido a visitarlo y que se intercambiaron cartas durante la guerra.

—¿Y eran buenos? —pregunté.

Fue tío Ben quien respondió que la abuela tenía unos dedos prodigiosos.

—¿Y el abuelo? —me animé a decir.

Se hizo el silencio. Al poco, regresaron los insultos. Descastado, perezoso, rastrero o canalla... También supuse que el abuelo Norman debía de tocar bien si no se incluía su incapacidad para la música dentro de la lista de agravios de rutina.

Ese año tía Constance preparó tarta de pasas y arándanos. Mientras retiraban los platos de la cena salí un momento al porche. Acababa de cumplir los diecisiete, y al año siguiente empezaba la universidad. Sin que yo lo advirtiera, el primo Roy apareció por detrás y me echó el brazo sobre los hombros. Me saludó con una palmadita en el pecho, y luego me preguntó sobre los proyectos que tenía y dónde iba a estudiar. Sin darme tiempo para contarle mis planes, me dijo:

—Tu abuelo tocaba muy bien. Y sigue haciéndolo aún. He ido a visitarle antes de pasar por aquí.

No le respondí, aunque sí que recuerdo una sensación irracional de alivio al escucharle. Me congració con el mundo ser consciente de que, alguien de la familia de mi padre mantuviera contacto con la otra orilla, la de mamá. A pesar del odio que se respiraba acerca del abuelo.

—Habrás escuchado muchas cosas malas de Norman Shuffleton —siguió diciendo—. No hagas caso. Norman y la abuela Chariot se quisieron. Fueron muy felices en Vermont, hasta que los Dunbar les obligaron a venirse a Chicago.

Me sorprendió escuchar Shuffleton, el que en realidad era el apellido de soltera de mi madre. Luego le miré, casi implorando que siguiera contándome lo que sabía.

—Tu abuelo es un buen tipo, pero los Dunbar lo querían lejos. Cuando la abuela Chariot murió, hasta pusieron un ejército de guardaespaldas para que no se acercara al funeral.

Visualicé la imagen tétrica de una tropa de gánsteres, vestidos de traje y corbata negros, rodeando la comitiva fúnebre, y sentí rabia.

—Si se hubieran quedado en Vermont —continuó—, tu serías un chico de pueblo y tu madre no hubiera sido la persona amargada que es ahora.

No pude ni siquiera hacerme a la idea de cómo podía haber sido eso. Después, me dio la dirección del abuelo, y me habló de la simpleza esa de morir de pena que tanto repetía tía Constance. Y me explicó con detalle la teoría que él tenía para justificar la muerte de la abuela Chariot. Presté toda la atención del mundo hasta que terminó de desarrollarla, y me asombró conocer cuál podía haber sido la causa del fallecimiento. Al cabo de unos minutos, cuando dejó de escucharse el ruido de platos en la sala, me dijo:

—Vamos para adentro, no vayan a sermonearte por estar hablando conmigo.

Al año siguiente, empecé mis estudios en Harvard. Uno de los primeros viernes del curso, conduje varias horas desde la universidad hasta el lago Champlain. Busqué

alojamiento en un motel junto a sus orillas y pasé allí la noche. Por la mañana, tomé uno de los senderos que rodean el lago, y caminé durante casi una hora, figurándome que, cada casa que veía, podía ser la residencia de verano de los Dunbar. Llegué al puente cubierto de *Gold Brook*, y me detuve a contemplar el paisaje. El otoño reflejaba todo su lustre en las aguas tranquilas del lago. Vi varias barcas de colores vivos, y supuse que aquel lugar era un paraíso para los pescadores. Fantaseé imaginando a los peces saltando dentro del casco, para que la gente no tuviera que hacer el esfuerzo de atraparlos. Luego, comí en una fonda del pueblo: flores de alcachofa con lascas de salmón. Después, me dirigí a Saint Albans, el lugar en el que vivieron los abuelos. Aparqué el coche y paseé por el pueblo, levantándome las solapas del chaquetón para protegerme del fresco de la tarde. Pasé por delante de la Escuela de Artes y Oficios, en donde supuse que el abuelo Norman había aprendido a ser barbero. No me cabía en la cabeza la posibilidad de que en aquel lugar hubiera habido nunca mendigos o vagabundos. Pero si él se había ofrecido en alguna ocasión a cortarles el pelo gratis, aquello le hacía más grande a mis ojos. Pasé frente a una tienda de fotografía. En el escaparate había cámaras de flash de bombilla, en lugar de los viejos polvos de magnesio que se usaban en los tiempos de la abuela Chariot.

Cuando estaba cayendo la tarde, pregunté dónde estaba la barbería Shuffleton y me dirigí a ella sin prisa. La encontré en una de las calles que daban al edificio del ayuntamiento. La luz amarilla del escaparate destacaba sobre un paisaje anochecido. Según me iba acercando, fui enlenteciendo mis pasos, hasta que estuve pegado como un insecto al vidrio del local. La barbería estaba cerrada. En su interior, un gato oscuro contemplaba la trastienda iluminada que había al fondo. Delante de un gran espejo, un sillón hidráulico con reposapiés ocupaba el centro de la sala, justo al lado de una estufa de hierro en donde una brasa menuda se mantenía aún encendida. Aproveché para fijarme en todos los pormenores. En las estanterías de la derecha había una cesta de mimbre, y unos útiles de pesca; en la pared, donde mi familia hubiera esperado encontrar un pasquín comunista, un cartel en recuerdo del ataque a Pearl Harbour: «Que no hayan muerto en vano», rezaba la leyenda bajo una bandera americana llena de jirones. Había un cubo de zinc en el suelo, unas botas de caña, un expositor de revistas en el lado izquierdo, y un cepillo de mango largo apoyado junto a la puerta de la habitación del fondo, para barrer los cabellos caídos.

En esa posición, vi salir a una persona mayor desde la trastienda. Cojeaba de la pierna derecha. Lo suficiente, me pareció, como para no estar metido dentro de una

trinchera, y ser un soldado que se ve obligado a luchar entre el barro. Sentí como un vahído por el hecho de estar contemplando, en carne y hueso, el tema de conversación de todas mis cenas de Acción de Gracias, pero respiré profundamente y me mantuve en calma. Con movimientos sosegados, el abuelo Norman metió un par de sillas de estera en la habitación del fondo y se sentó en una de ellas. Le vi llevando la caña del clarinete a la boca; uno de sus compañeros, de pie, apretaba el violín contra el cuello; y el tercero, de espaldas, abrazó un chelo. Cuando estuvieron listos empezaron a tocar *Boogie woogie bugle boy*. Quizás faltaba un piano o un acordeón para dar aún más ritmo a la melodía. Me quedé contemplando el espectáculo, y recreándome en los detalles de la escena. Di con una fotografía apoyada en uno de los anaqueles con bálsamos y linimentos. En un marco cromado estaba el retrato de una mujer guapa, tan sumamente guapa que estoy seguro de que, en el instante en el que hicieron la fotografía, su sonrisa eclipsó el brillo de los polvos de magnesio que iluminaron su rostro. Esos mismos que, en un tiempo, decían que sanaban los males de los nervios y que, ingeridos, como contaba el primo Roy, provocaban ataques al corazón. Y me quedé preguntándome cuántos años más hubiera vivido la abuela Chariot si hubiesen estado inventados los flashes de lámpara cuando hicieron su retrato, o si no hubiese seguido el consejo absurdo de que los polvos de magnesio podían aliviar la tristeza. No sé cómo hubiera sido mi vida si los abuelos se hubieran quedado en Vermont. Me imaginé a mí mismo como un chico de pueblo, y a mi madre sonriendo. Como si jamás hubiera sido la persona amargada que es ahora.